

STORIES93.COM

STORY IN SPANISH

EVELYN WAUGH

DEMASIADA TOLERANCIA

Un rostro redondo y afable que el sol tropical había dejado más colorado que moreno; unos ojos grises redondos y más bien perplejos; el pelo muy corto de un rubio pajizo; una boca grande y risueña; un bigotito del mismo tono que el cabello; traje de dril y salacot de un blanco impecable: el típico agente comercial inglés haciendo escala entre dos barcos en una agobiante pequeña ciudad portuaria a orillas del mar Rojo.

Éramos los únicos europeos que se hospedaban en el hotel. El barco que ambos estábamos esperando llevaba dos días de retraso. Pasamos todo el tiempo juntos.

Fuimos varias veces al bazar y jugamos interminables partidas de póquer a los dados en una u otra cafetería. Los encuentros fortuitos, en circunstancias como éstas, adquieren pronto un tono confidencial.

Al principio, como es lógico, hablamos de temas generales: el estado de las cosas en la región, los problemas raciales.

—No entiendo a qué viene tanto revuelo. Son unos tipos estupendos cuando los conoces un poco. —Oficiales británicos, comerciantes, árabes, nativos, colonos indios: para mi nuevo amigo todos eran unos tipos estupendos.

Era muy raro que no pudieran llevarse bien entre ellos. Sí, por supuesto, cada raza tenía sus peculiaridades: unos no se lavaban, otros tenían extrañas ideas sobre la honestidad, y otros en fin se descontrolaban un poco cuando bebían más de la cuenta.

—Pero bueno —dijo—, al fin y al cabo es asunto de ellos y de nadie más. Si cada cual dejara al otro en paz y no se metiera con lo que hace, no habría ningún problema. Y en cuanto a las religiones, todas ellas tienen su parte buena: hindú, mahometana, pagana. Oh, y los misioneros hicieron un buen trabajo, desde luego: wesleyanos, católicos, anglicanos, todos unos tipos estupendos.

La gente que vive en las zonas remotas del globo terráqueo suele tener opiniones inamovibles sobre casi todo. Después de meses viviendo entre ellos, era un alivio toparse con alguien de mentalidad tan tolerante.

La primera noche, cuando me despedí de mi nuevo compañero, lo hice con un sentimiento de afectuoso respeto. Por fin, en un continente poblado casi

exclusivamente por fanáticos de todo tipo, creía haber encontrado a una persona agradable.

Al día siguiente entramos en materia más personal y pude enterarme de algunos pormenores de su vida. Mi amigo estaba ya más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, pese a que yo le habría puesto menos años.

Era hijo único y se había criado en una ciudad inglesa de provincias, en una familia donde imperaban los rígidos principios victorianos del decoro.

Había nacido de padres ya mayores, y todos sus recuerdos eran posteriores al momento en que su padre dejó un puesto oficial de responsabilidad en la India.

Era poco propio de él admitir que existieran discrepancias o malestar, pero, a juzgar por todos sus comentarios al respecto, el ambiente en su casa no había sido muy placentero.

Reglas estrictas en cuanto a la moral y la etiqueta, la implacable censura de los vecinos, una infranqueable barrera de clase frente a todos aquellos considerados socialmente inferiores, la hostil desaprobación de los superiores... Ése era sin duda el código de los padres de mi amigo, que había llegado a la edad adulta con la clara determinación de vivir conforme a los principios opuestos.

La noche de nuestro primer encuentro me sorprendió conocer la naturaleza de su trabajo. Vendía máquinas de coser a comisión a comerciantes indios a todo lo largo de la costa oriental africana.

No era, sin duda, el tipo de trabajo adecuado para su edad y su educación. La explicación la supe más adelante.

Al término de sus estudios en un colegio privado, se había metido en negocios, le había ido bien y, finalmente, poco antes de la guerra, había decidido establecerse por su cuenta con el capital heredado a la muerte de su padre.

—Fue cosa de la mala suerte —me dijo—. No creo que tuviera la culpa de lo que sucedió. Verá, yo tenía un socio, habíamos trabajado en la misma oficina y siempre me había caído bien, pese a que él no se llevaba demasiado bien con los otros.

»Lo despidieron más o menos por la época en que yo empecé a ganar un poco de dinero. Nunca llegué a enterarme bien de cuál había sido el problema; además, no era asunto mío. Al principio pareció que la suerte nos acompañaba, pues mi nuevo socio no era apto para el servicio militar y pudo ocuparse del negocio durante el tiempo que yo estuve en el ejército.

»Todo iba sobre ruedas, o eso parecía. Nos trasladamos a unas oficinas nuevas, contratamos a más personal, y obtuvimos respetables dividendos a lo largo de toda la guerra. Pero, por lo visto, era sólo un período de vacas gordas.

»Supongo que cuando regresé a casa después del armisticio, no presté demasiada atención al negocio. Estaba contento de haber vuelto y quería aprovechar al máximo la paz. Dejé que mi socio se ocupara de todo, y digamos que me desentendí del negocio durante un par de años.

»En fin, no me enteré de lo mal que estaban las cosas hasta que un buen día él me dijo que tendríamos que entrar en liquidación. Y desde entonces he tenido suerte de ir encontrando empleos, pero no es lo mismo que ser tu propio jefe.

Desvió la mirada hacia el muelle mientras, distraídamente, hacía girar el vaso en su mano. Luego, en el último momento, añadió algo que aportó nueva luz a la historia.

—Si de una cosa me alegro —dijo— es de que mi socio no siguiera mi camino. Casi inmediatamente después de que clausuráramos el negocio, abrió uno por su cuenta en la misma línea y a gran escala. Ahora es rico.

Aquel mismo día, horas más tarde, me sorprendió al mencionar casualmente a su hijo.

—¿Su hijo?

—Sí. Tiene veintisiete años y vive en Inglaterra. Un chico estupendo. Ya me gustaría poder verlo más a menudo. Qué se le va a hacer, él tiene sus amigos y me atrevería a decir que es feliz estando solo. Le interesa mucho el teatro.

»Es un mundo que desconozco. Todos sus amigos son teatreros, ¿sabe usted?, gente muy interesante.

»Estoy contento de que el chico se haya espabilado solo. Siempre procuré no forzarlo a meterse en nada que no le llamara la atención.

»La pena es que en esta ocupación hay muy poco dinero. Él siempre confía en conseguir un trabajo, sea en el teatro o en el cine, pero dice que es muy difícil si no conoces a la gente adecuada, y eso sale caro.

»Le envió todo el dinero que puedo, pero el chico necesita vestir bien, salir a menudo, recibir, y todo eso significa mucho gasto. Pero, bueno, espero que al final servirá para algo. Mi hijo es un chico estupendo.

Pero hasta unos días después, a bordo, cuando estábamos ya atracados en el puerto donde él debía desembarcar al día siguiente, no mencionó a su esposa.

Habíamos bebido mucho con la excusa de desearnos mutuamente la mejor suerte del mundo en nuestros respectivos viajes. La inminente separación facilitó el camino para las confidencias, cosa que hubiera sido más difícil entre dos compañeros habituales.

—Mi mujer me dejó —dijo de sopetón—. Me llevé una gran sorpresa; todavía hoy no sé la razón. Siempre la he animado a hacer lo que ella quería.

»Verá usted, yo había visto muy de cerca la idea victoriana del matrimonio, donde la esposa no podía tener otros intereses que el cuidado del hogar y el padre de familia cenaba siempre en casa. A mí eso no me parece bien.

»Siempre me gustó que mi mujer tuviera sus propias amistades, que las invitara a casa y que saliera por ahí cuando quisiera, y yo hacía otro tanto. Pensaba que vivíamos un ideal de felicidad.

»A ella le gustaba bailar y a mí no, y, cuando apareció un tipo con quien por lo visto a ella le gustaba salir, me alegré mucho. Le había visto un par de veces y decían de él que andaba detrás de las mujeres, pero eso no era asunto mío.

»Mi padre siempre estableció una estricta línea divisoria entre los amigos que veía en casa y los que veía en el club. Jamás traía a casa a nadie cuya conducta moral no fuera completamente de su agrado. Yo creo que eso son paparruchas.

»Bueno, para abreviar, después de un tiempo saliendo con ese individuo de repente mi mujer se enamoró de él y se largó. A mí él siempre me había caído bien. Un tipo más o menos estupendo. Supongo que ella tenía perfecto derecho a hacer lo que más le gustara. No por ello la sorpresa fue menor. Y desde entonces estoy solo.

En ese momento pasaron por nuestro lado dos pasajeros a los que yo había estado evitando concienzudamente durante el trayecto. Mi compañero los llamó para que se acercaran, así que me levanté y le di las buenas noches.

No tuve ocasión de hablar con él al día siguiente, pero alcancé a verlo brevemente en el muelle, mientras supervisaba a los estibadores que estaban cargando sus máquinas de coser de muestra.

Cuando terminaron, lo vi alejarse a grandes zancadas hacia la ciudad: garboso y trágico personaje, estafado por su propio socio, dejándose sacar los cuartos por el inútil de su hijo, abandonado por su mujer; un indomable y perplejo personaje que ahora partía de nuevo, tocado por su salacot, en su alegre periplo por un continente lleno de avariciosas y despiadadas personas estupendas.